

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Solidaridad siempre [solidarity forever]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tyler, Gus
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-11 05:27:01
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221651

Solidaridad siempre. El sindicalismo norteamericano ante la Reaganomics

Gus Tyler Sindicalista norteamericano. Presidente Adjunto de la International Ladies Garment Workers Union.

Para el sindicalismo norteamericano, el año 1984 será el año de la IV Jornada de Solidaridad.

A pesar que el tema de la Solidaridad no es nuevo en los sindicatos norteamericanos, en los últimos años ha adquirido significados especiales. Originalmente, la palabra estaba profundamente incorporada a los trabajadores con conciencia sindical como lo demuestra el estribillo cantado por ellos en su canción favorita: "Solidaridad Siempre", cantada con la música del "Himno de Batalla de la República", marcha de las tropas que 125 años atrás combatían para liberar a los esclavos negros de Norteamérica. La versión sindical moderna termina con el grito repetido de "Solidaridad Siempre, el sindicato nos hace fuertes".

Desde que emergió **Solidarnocz** (Solidaridad) en Polonia, la palabra ha adquirido una nueva dimensión. Se trata de una consigna internacional que ha venido a caracterizar la lucha de los trabajadores en todas partes, no sólo contra la explotación capitalista sino también contra la tiranía comunista.

Reafirmación de las demandas laborales

Durante los dos últimos años en los Estados Unidos, el término "Solidaridad" alcanzó una connotación adicional y más específica con respecto a una serie de eventos organizados por los sindicatos norteamericanos. La Primera Jornada de Solidaridad fue una manifestación masiva llevada a cabo en la ciudad de Washington para protestar contra la política nacional de la administración Reagan. Se trató de la manifestación de protesta más grande nunca vista en la capital de la nación. También representó a una amplia gama de sectores: trabajadores, mujeres, algunas minorías, a los pobres y a los solidarios. Se trató de una "coalición" de fuerzas progresistas que recordó a las alianzas políticas que eligieron a los presidentes Roosevelt y Kennedy en décadas anteriores.

Durante ese mismo año de 1982, los sindicatos lanzaron la Segunda Jornada de Solidaridad durante la campaña para la renovación parcial del Congreso de los

Estados Unidos. Ese mes de noviembre, los progresistas en la Unión registraron grandes avances en la Cámara de Representantes.

En 1983, los sindicatos organizaron la Tercera Jornada de Solidaridad, basada en manifestaciones en docenas de ciudades en el Día Internacional del Trabajo. A pesar que este feriado nacional fue originalmente establecido en honor de los trabajadores, con el correr del tiempo disminuyó su carácter de aprecio por aquellos que crean la riqueza de la humanidad y se convirtió en un día de paseo, el último adiós a los soleados días de verano. Así como en muchos países en donde Cristo ha sido eliminado de la Navidad, en los Estados Unidos el "movimiento obrero" fue eliminado del Día del Trabajador. Pero este año, levantando el tema de la Solidaridad, coloridas marchas tomaron las calles, al tiempo que el movimiento sindical recuperaba el día que le era propio. El propósito consistía en reafirmar las demandas laborales.

Las tres Jornadas de Solidaridad constituyeron un preludio de la Cuarta Jornada - Elecciones Generales de 1984, cuando el pueblo de los Estados Unidos de América deba elegir presidente y parlamentarios. A más de un año de esta crucial elección, la Federación Sindical Norteamericana/Congreso de las Organizaciones Industriales (AFL-CIO) - la familia oficial del trabajo - tomará las medidas formales para extremar su influencia en las elecciones de 1984.

Las cuatro Jornadas de Solidaridad constituyen de manera diferente la continuación de un proceso de politización de los sindicatos norteamericanos. En parte, esto puede ser atribuido a su descontento con la administración Reagan, con su política económica, por su insensibilidad frente a la mujer y las minorías, por sus esfuerzos en cacelar las grandes reformas de los últimos cincuenta años, por su empeño en enriquecer a los más ricos a costa del resto del país, especialmente de los más desposeídos. Mas, este creciente énfasis del sindicalismo en la política tiene profundas raíces que datan de más de un siglo y medio.

Por allá en 1828, existían Partidos de Trabajadores en docenas de ciudades norteamericanas, quizás fueron los primeros "partidos laboristas" del mundo. Tuvieron existencia cuando las leyes de cada estado fueron cambiadas para permitir el derecho al voto de la gente carente de bienes. Sus programas reflejaban las necesidades de los trabajadores, tales como abolir la pena de prisión por deudas, asegurar que los trabajadores tengan el derecho principal sobre los activos de una firma quebrada, protección al derecho de organización y de huelga, y sobre todo, instituir un sistema de educación universal gratuito, financiado con fondos públicos.

A pesar que estos "Workies Parties" (así eran llamados) obtuvieron notables éxitos, no duraron mucho. Eran partidos locales que funcionaban separadamente en distintas ciudades. No eran organizaciones nacionales con una política nacional. Pronto desaparecieron, en la medida que los grandes partidos del sistema bipartidista tradicional norteamericano absorbió muchas de las demandas laborales.

En todo caso, el fin de los Partidos de Trabajadores de ningún modo significó el fin de la actividad política en los sindicatos norteamericanos. De manera recurrente, los sindicatos se lanzaron, la mayoría de las veces a nivel estatal, a diferentes campañas donde se dieron las grandes batallas del siglo pasado sobre la legislación económica y social, y en un menor grado a nivel federal, donde hasta la década del 30 prevalecía la filosofía del "laissez faire".

No obstante, a través del tiempo se fue conformando un patrón de conducta. En tiempos de prosperidad, cuando los sindicatos estaban en condiciones de lograr tangibles avances a través de la **negociación colectiva** (planteando exigencias y yendo a la huelga cuando era necesario y firmando convenios por mejoras económicas) tendieron a perder algo de su vitalidad política. Por el contrario, cuando los tiempos eran malos, cuando tuvieron dificultades para obtener logros concretos a través de la negociación colectiva, se volvieron vigorosamente hacia la política. Este comportamiento, la mayoría de las veces, no fue determinado por la dirección sindical, sencillamente se dio naturalmente. **Cuando los trabajadores de base estaban más o menos satisfechos con sus avances económicos, perdían interés por las elecciones. Cuando estos mismos trabajadores se sentían frustrados con lo que se podía obtener a través de la negociación colectiva directa, se volvían hacia las urnas.** Una vez más esto está ocurriendo en Norteamérica a través de las Jornadas de Solidaridad.

Acción política no partidaria

A pesar que de tiempo en tiempo el sindicalismo norteamericano ha participado en política a través de la formación de sus propios partidos de clase, esa no ha sido la manera habitual en que se ha expresado el sindicalismo en la política en los Estados Unidos. **Durante la mayor parte del siglo y medio de participación sindical en la política norteamericana, la práctica ha sido la de levantar una acción política no partidaria**, es decir, de apoyo individual a aquellos candidatos, ya sean del partido republicano o del demócrata, sobre la base de cómo responden dichos candidatos al programa del movimiento sindical, en sus discursos y acciones. En la clásica frase de Samuel Gompers, fundador y presidente durante largo tiempo de la Federación Sindical Norteamericana (AFL), la política es "premia a tus amigos, castiga a tus enemigos".

Esta estrategia, casi exclusivamente típica de Norteamérica, emerge del carácter de los grandes partidos y de la composición del pueblo norteamericano. Las "partes" tienen libertad de movimiento ya que los dos grandes partidos están divididos internamente en sus propias izquierdas y derechas. La sociedad norteamericana tiene una enorme clase media y económicamente es de alta movilidad, de manera que relativamente sólo unos pocos tienen "conciencia de clase" en el sentido de creerse proletarios o burgueses. Por ende, **el sindicalismo utiliza su fuerza política organizada tal como lo hace cualquier otro grupo de interés económico**

en los Estados Unidos, en el sentido de favorecer a los candidatos proclives, sin perjuicio del partido.

No obstante y a pesar de esta política no partidaria, el sindicalismo apoya por lo general más a los demócratas que a los republicanos. Las razones parten de la década del 30 - la gran vertiente en la vida norteamericana. Durante los años de gran depresión del 29 al 33, se hizo evidente que no existía manera de enfrentar el desastre sin la activa intervención del gobierno. Fue el presidente Franklin Delano Roosevelt, demócrata-liberal, quien señaló el camino a través de su doctrina del New Deal. Desde entonces su partido ha, más o menos, levantado políticas de empleo máximo, de asistencia a los necesitados, de dar apoyo a los trabajadores en su lucha por la igualdad y la justicia. De allí que inevitablemente los sindicatos se encuentren la mayor parte de las veces apoyando a los demócratas, y sólo ocasionalmente a los republicanos.

Las políticas levantadas por los republicanos desde 1970 han distanciado aún más al sindicalismo del partido de Nixon y Reagan. Los sindicatos atribuyen la actual e inaceptable tasa de desempleo en los Estados Unidos - alrededor del 10% - a la decisión del presidente Nixon, tomada en 1970, de deprimir la economía con el propósito de contener la inflación. Esto fue instrumentado mediante la fijación de altas tasas de interés, lo que a su vez, reprimió el crecimiento de la economía norteamericana con el resultado que el desempleo se elevó del 3% en 1969 a su actual nivel del 10%.

Devolver al país el pleno empleo y distribuir el ingreso nacional de manera más equitativa, son los objetivos centrales del programa político de los candidatos. Se trata de un programa que el sindicalismo ve como deseable y necesario no sólo para los trabajadores sino para toda la nación, de ahí que el sindicalismo intenta formar alianzas con otros sectores de la sociedad para alcanzar la meta de la recuperación y la redistribución.

Para extremar su efectividad, la AFL-CIO no esperará hasta el año entrante que los partidos hagan sus nominaciones para que el sindicalismo dé luego su apoyo. Los sindicatos pretenden jugar un rol de vanguardia en cuanto a la **escogencia** de los candidatos a Presidente - en la práctica, el candidato del Partido Demócrata -, como también para las **elecciones finales**.

Planteamientos económicos de los sindicatos

Y tal como podría esperarse, el foco natural del sindicalismo norteamericano es su propia situación económica. La dirección sindical sabe que el motor del crecimiento económico en el mundo es la economía norteamericana. Si ésta es débil, la economía mundial se rezaga; si Estados Unidos se recupera, el mundo se levanta, y en este sentido, la **Solidaridad** adquiere un significado global.

La política de crecimiento de los años de Nixon-Ford (1969-1977) no contuvo la inflación. A decir verdad, la tasa inflacionaria de alrededor del 4% en 1969 (año en que Nixon accedió al poder) se elevó al 12% en el 74-75. En la recesión de esos años, la peor desde la Gran Depresión de los 30, la tasa de desempleo y la de inflación se mantuvieron en el nivel de dos dígitos. Para explicar la coyuntura simultánea de estancamiento económico e inflación creciente, los economistas inventaron la palabra "estanflación".

El sindicalismo norteamericano rechaza la noción que la depresión es la manera acertada de contener la inflación. Las razones son dos. Primero, si la receta funciona, la medicina resulta peor que la enfermedad. Segundo, que existe mucha evidencia que durante la década del 70 la inflación creciente tuvo mayormente un origen ficticio, esto es, que fue causada por la supuesta medicina.

Los sindicatos sostienen, contrariando el ocasional genio de los economistas del sistema - que las altas tasas de interés, instrumento empleado para "enfriar la economía", son en sí mismas inflacionarias. Primero, las tasas de interés constituyen el costo del dinero. Si el costo del dinero sube, debe subir en consecuencia el costo de todo, ya que el dinero es el único ingrediente universal en la economía. Segundo, las altas tasas de interés quiebran a pequeños empresarios, los cuales siempre dependen del crédito barato. Cuando la pequeña empresa quiebra, la gran empresa obtiene una porción mayor del mercado y en consecuencia acelera la concentración de la propiedad y de los precios monopólicos, lo cual es inflacionario.

Tercero, en aquellos sectores de la economía que están altamente capitalizados, la recesión - ocasionada por las políticas monetarias restringidas - provocará que las grandes instalaciones queden ociosas. Este producto ocioso es muy caro, lo cual fuerza a los productores a elevar sus costos por unidad para cubrir la pérdida por equipos no utilizados. Cuarto, la restricción monetaria retarda la producción, en consecuencia, rebaja el suministro de bienes y por ende, sube los precios. Sintetizando, **el sindicalismo norteamericano no cree que "el desempleo manufacturero" baje los precios. Y si lo hiciera sería como quitarse la tapa de los sesos para curarse un dolor de cabeza.**

El sindicalismo insiste en que es posible alcanzar el pleno empleo sin inflación. El aumento de la demanda puede ser equilibrado por el aumento de la oferta, especialmente en una economía que está funcionando a sólo dos tercios de su capacidad. La utilización plena de la capacidad instalada podría reducir los costos aún más.

Cuando el presidente Nixon públicamente declaró su intención de mantener "el crecimiento real" por debajo de "el crecimiento potencial", los sindicatos norteamericanos lo acusaron de estar "fabricando desempleo". Nixon no lo negó, sólo sugirió que el aumento sería pequeño, en el orden del 4 ó 5 % en vez del 3 % corriente. Los críticos de esta política, incluyendo los sindicatos, dijeron que un poquito de desempleo era como un poquito de embarazo: crece. El desempleo se re-

produce a sí mismo: aquéllos que pierden sus trabajos compran menos y en consecuencia, dejan a otros sin trabajo, quienes a su vez menos compran.

Cuando los 8 años de gobierno republicano terminaron con la elección del demócrata Jimmy Carter, el movimiento sindical dio un respiro de alivio. Pero, durante la mayoría de los años de Carter, los sindicatos fueron defraudados. Carter en muchos aspectos fue bastante más proclive a los sindicatos que su predecesor republicano, pero en un aspecto de mayor importancia su política fue una prolongación de la de los republicanos, quienes establecieron la restricción monetaria como cura para la inflación. En verdad, durante la mayor parte de su administración, Carter fue repetidas veces criticado por George Meany, el entonces presidente de la AFL-CIO.

Durante la elección de 1980, los sindicatos apoyaron a Carter, pero con el mínimo de entusiasmo. El era el mal menor. En muchos aspectos, sus políticas coincidieron con los sindicatos, sin embargo, en la cuestión fundamental del crecimiento económico, continuó la senda de Nixon: restricción monetaria y altas tasas de interés.

En realidad, fue precisamente este fracaso en contener la inflación y el desempleo lo que hizo posible que el candidato republicano, Ronald Reagan, llegara a la presidencia. Astutamente, Reagan preguntó al electorado si estaba mejor durante el 80 que en el 76. Y a pesar que un análisis económico estricto habría revelado que los trabajadores no estaban peor, o por lo menos, no mucho más, el sentimiento general dentro de los trabajadores fue que bajo Carter, el nivel de vida de los mismos continuó declinando.

(Carter también fue perjudicado por lo que parecía ser una débil política exterior. El Ayatolah Jomeini había tomado como rehenes a un grupo de norteamericanos, y Carter fue incapaz de obtener su liberación, y su intento de rescate, mediante una audaz incursión, terminó en un rotundo fracaso. Reagan capitalizó todos estos errores).

La reaganomics: un volador de luces

Como candidato, Reagan agitó un llamativo programa económico: **la economía de la oferta** (supply-side economics). Su fórmula era tentadoramente simple. En vez de tratar de controlar la inflación mediante la limitación de la demanda, propuso mantener los precios bajos aumentando la oferta.

Desde el punto de vista retórico, la argumentación de Reagan se acercaba más a la clásica fórmula demócrata que al pensamiento republicano. Durante años los demócratas habían agitado el crecimiento como una vía hacia el pleno empleo y hacia una vida plena. Bajo Nixon, Ford y aún el demócrata Carter, ese crecimiento no se veía venir. Ahora, bajo la consigna de la economía de la "oferta", Reagan

proponía un regreso al pleno empleo, plena producción y ofrecía una solución al problema de la inflación, mediante la saturación del mercado. Su lógica apuntaba al corazón de los trabajadores.

El sentido de la "economía de la oferta" - a veces denominada reaganomics - no se aclaró del todo a las grandes masas del pueblo, sino sólo después que Reagan fue elegido. A pesar que unos pocos entendidos sabían que el programa de Reagan era más retórica que realidad, fue sólo después que el presidente propuso su proyecto de ley sobre los impuestos en 1981 que el país (por lo menos los sindicatos y los conocedores) tuvieron conciencia de lo que él tenía en mente.

A estas alturas, la reaganomics se reducía a una simple fórmula: rebajar los impuestos y hacerlo de tal modo de crear la impresión a las grandes masas que se disfrutaría de tal rebaja, aunque en realidad no fuera así, sino que esta rebaja de impuestos concedería a los ricos y a las grandes corporaciones una bonanza de recursos inesperados. En efecto, **la reaganomics se convirtió en el modo de redistribuir el ingreso de la nación desde los niveles bajos y medios, hacia los más altos.**

La rebaja de impuestos de Reagan chocó con otro de los principios de su administración: el equilibrio presupuestario. Parecía que al reducir las tasas de impuesto, esto produciría un ingreso menor a las arcas fiscales. ¿Cómo equilibra uno el presupuesto si baja la renta?

De acuerdo con la receta de la administración Reagan, una menor tasa impositiva redundaría en más capital en manos de los inversionistas. En consecuencia, ellos invertirían en empresas que crearían más puestos de trabajo. De este modo, se estimularía la economía y por ende el gobierno recaudaría una mayor renta, a pesar de la reducción de la tasa impositiva. El crecimiento total de la economía compensaría con creces el menor ingreso impositivo.

Durante este período los sindicatos se opusieron a la reducción de impuestos por ser desacertada e injusta: era tan sólo una manera de enriquecer aún más a los ricos. El sindicalismo también sostenía que los inversionistas no pondrían sus recientemente adquiridos recursos en empresas productivas para generar más bienes siempre que los trabajadores de la nación tuvieran trabajos e ingresos capaces de constituir un vigoroso mercado para una mayor producción.

A pesar de la oposición sindical, el programa de reducción impositiva se impuso. Muchos demócratas, al igual que republicanos apoyaron el programa en el Congreso porque en parte creían que funcionaría, porque en parte ellos no querían aparecer como obstruyendo el programa del presidente (démolese una oportunidad) y en parte, porque resulta provechoso para un congresista decir que votó a favor de una reducción de impuestos.

La reducción impositiva no tuvo los resultados esperados. Los recursos recientemente adquiridos de los más ricos no fueron a la inversión productiva. La razón se hizo dolorosamente evidente: ninguna corporación estaba lista para producir más, así como tampoco el pueblo estaba consumiendo más. Y el pueblo, o sea los asalariados de la nación, no estaba consumiendo más porque durante toda una década la política fue la de deprimir la demanda.

Había aún otra razón de por qué los inversionistas habían decidido no invertir en la producción. La nueva ley impositiva reducía dramáticamente los impuestos sobre las "ganancias del capital", es decir, sobre las ganancias que se obtendrían mediante la venta de bonos y acciones u otros instrumentos especulativos. El impuesto sobre las ganancias del capital se redujo a un ridículamente bajo 20%. En consecuencia, se indujo a la gente muy adinerada a comprar y vender pedazos de papel, a comercializar con productos de primera necesidad, a comprar o vender tierras, o a comprar y ofrecer en venta compañías a través de fusiones. **En resumen, los recursos recientemente adquiridos fueron a parar a las actividades especulativas y no a la inversión productiva.**

Un déficit sin precedentes

Debido a que la reducción impositiva del 81 no estimuló la economía como se esperaba, la administración Reagan se encontró administrando un enorme déficit, mayor que cualquier otro en la historia de la nación. Se trataba de una ironía, porque a través de la campaña electoral del 80 Reagan había prometido un presupuesto equilibrado. A comienzos de la elección, Reagan prometió equilibrar el presupuesto el año 83; más tarde, dijo que el 84, y ahora (1983) promete reducir el tamaño del déficit en 1988, si es reelegido, pero últimamente ha dejado de hablar del presupuesto equilibrado.

El balance del presupuesto era el punto central de la política económica de Reagan. Durante su campaña, alegó que el presupuesto equilibrado reduciría la inflación, y que los precios rebajados harían posible que el pueblo comprara más, y por ende, estimularía el empleo. Pero, a comienzos del 83, su administración anticipó un déficit de alrededor de US\$ 200.000 millones, por lo menos el doble que el mayor de los déficits de los años anteriores.

El déficit se debe a los ingresos deprimidos y al elevado gasto público. El ingreso no resultó como se esperaba porque el don de los inversionistas no fue a dar a las inversiones productivas. El gasto público se mantiene elevado, porque el presupuesto armamentista fue ampliado.

Con el propósito de reducir el monto del déficit presupuestario, embarazosamente grande para un presidente que agitaba el equilibrio presupuestario, la administración positiva trató, con éxito considerable, de reducir el gasto en los programas sociales, tales como almuerzos escolares, asistencia médica, prestaciones jubilato-

rias, bono alimentario, becas escolares y la asistencia legal a los pobres. La administración redujo las asignaciones para los programas sociales en los 50 estados.

Los sindicatos norteamericanos se han opuesto consecuentemente a semejantes asaltos contra los programas sociales que golpean a los pobres, a los enfermos, a los jóvenes y a los viejos. **Los sindicatos consideran semejantes brechas en la "red de seguridad" como un abandono al estilo norteamericano de solidaridad con los necesitados, y también por ser económicamente incoherente.**

Tal como el sindicalismo lo ve, el programa de Reagan no solamente ha enriquecido a los más ricos, sino que además ha empobrecido a los más pobres. En verdad, **el porcentaje de la población que actualmente vive por debajo de la línea de la pobreza, ha aumentado durante la presente administración.**

A pesar de los muchos cortes en los programas sociales, la administración Reagan terminará el año 1983 con un déficit de alrededor de 200.000 millones de dólares. Se espera que en los años siguientes los déficits sean aproximadamente de la misma dimensión. Consecuencialmente, muchos de los conservadores, seguidores de Reagan, sostienen que éste abandonó la "reagonomics", cuyo pilar era el equilibrio presupuestario.

En realidad, algunos de estos críticos conservadores sostienen que el presidente Reagan es el más grande keynesiano. Para combatir la depresión, dicen, Keynes proponía tres medidas: **Rebaja impositiva para estimular la demanda en el sector privado. Empréstitos para que el gasto público estimule la demanda del sector público. Aumentar la liquidez.** Irónicamente estas tres medidas han devenido en parte de las políticas de Reagan. (La Junta de la Reserva Federal aflojó el control sobre la liquidez, sobrepasando así las metas prescritas).

Lo que la política económica de Reagan en su actual **versión revisada** no ha hecho - lo que Keynes consideraba como crucial para la salud de la economía - es la **redistribución del ingreso** más equitativa. Por ende, no existe una base sólida para la recuperación económica: **los trabajadores han sufrido una merma en su poder adquisitivo de manera continua desde 1970.**

No obstante que el desempleo en los Estados Unidos declinó levemente en 1983, en parte atribuido a las medidas keynesianas de la administración Reagan, el sindicalismo norteamericano no cree que la "recuperación" será vigorosa o prolongada. A decir verdad, hasta los pronósticos más optimistas de la administración - que se presentan con el ojo puesto en la próxima elección, reconocen un alto desempleo para los próximos años.

1984: año significativo para el sindicalismo

La impresión de que Reagan no está sirviendo los mejores intereses de la nación no es compartida solamente por un puñado de dirigentes de la cúpula de la Federación sindical. Un sondeo reciente entre activistas sindicales que asistían a las conferencias regionales de la AFL-CIO, demostró que el 96 % de los dirigentes creía que el presidente Reagan estaba haciendo un triste papel como presidente.

Anticipándose a la elección en noviembre de 1984, la AFL-CIO citó a una convención preparatoria a fines de septiembre del 83. El motivo de la anticipación era permitirle al sindicalismo organizado jugar un papel coordinado no sólo en la elección final, sino en las campañas preparatorias para elegir el candidato del Partido Demócrata.

El estilo norteamericano para escoger los candidatos a la presidencia es un tanto único. Como en muchos países, la nominación se realiza a través de una convención de delegados. A diferencia, en los Estados Unidos, los delegados a la convención no son nombrados por las organizaciones partidarias. Es el elector el que en una elección "primaria" escoge a los delegados, quienes a su vez asisten a las convenciones para nombrar al candidato del partido.

Históricamente, el sindicalismo norteamericano ha sido reacio a participar en este proceso **primario**. Los diferentes sindicatos prefieren candidatos diferentes dentro del mismo partido. Muchos de los candidatos eran igualmente aceptables para los sindicatos, especialmente si estaban compitiendo para la denominación demócrata. En consecuencia, el movimiento sindical como entidad no estaba demasiado impaciente por adelantar un apoyo formal a cualquier candidato. Por otra parte, los sindicatos que participaban en las primarias actuaban en apoyo de diferentes candidatos.

Por ejemplo, en 1968, la AFL-CIO se lanzó a participar en las primarias en apoyo del vicepresidente Hubert Humphrey, quien fue durante muchos años un consecuente portavoz de las causas progresistas y sindicales. Pero se trató de una excepción a la regla y fue más bien una decisión del presidente de la AFL-CIO George Meany, y no una acción oficial que emanara de la voluntad colectiva, que emanara del movimiento sindical como un todo.

Debido a que el movimiento sindical es reacio a participar en las primarias, los sindicatos en varias oportunidades se han confrontado a la situación de tener que escoger entre males menores. En el año 72, cuando el demócrata George McGovern postuló contra el republicano Richard Nixon, los afiliados a la AFL-CIO se querellaron gravemente. Algunos apoyaron a McGovern en la elección final, otros apoyaron a Nixon y otros permanecieron neutrales. El sindicalismo se enfrentó al mismo dilema en 1976, cuando Carter postuló contra Ford y una vez más en 1980, cuando Reagan postuló contra Carter. La mayoría de los sindicatos optó por apoyar al demócrata en todas estas contiendas, pero con un mínimo de entusiasmo.

Este año el sindicalismo decidió participar al comienzo de la lucha, en la etapa de las primarias. En su convención le entregaron el apoyo a Walter (Fritz) Mondale. Por un lado, él es conocido en el mundo como el vicepresidente de la administración Carter, y por otro, entre los sindicalistas, es conocido como un estrecho compañero de Hubert Humphrey. Mondale es oriundo de Minnesota (el mismo Estado de Humphrey) y es miembro de un extraño partido estatal conocido como Partido Demócrata-Agrario-Laborista. Se trata del único partido estatal afiliado junto al Partido Demócrata, que ostenta la etiqueta de agrario-laborista. Este partido se organizó a mediados de la década del 30, a través de una fusión entre el gran Partido Agrario Laborista del estado - que había recién elegido su propio gobernador - y el mucho más pequeño Partido Demócrata.

En el Senado de los Estados Unidos Hubert Humphrey representó esa tradición, como un campeón del sindicalismo, de los grandes, de los derechos civiles y el pleno empleo. En su estado, él hablaba de la herencia que muchos ciudadanos de Minnesota traían de los socialistas escandinavos.

Por su parte, Mondale, quien en su juventud fue presidente de los Students for Democratic Action - organización de ideología progresista, afiliada a la American for Democratic Action - mantuvo una estrecha relación con Hubert Humphrey. De manera actualizada, Mondale continúa con la herencia de Minnesota.

Cualquiera que sea el resultado de la elección, está claro que 1984 será un año significativo en la evolución política del sindicalismo norteamericano. La Cuarta Jornada de Solidaridad pasará a la historia como algo más que un acto simbólico, será un paso más en la marcha del sindicalismo norteamericano hacia el cauce de la política de los Estados Unidos.